

Pensar la paz no es suficiente

*Carlos Eduardo Maldonado*¹
Universidad del Bosque

Resumo

Este artículo sostiene la tesis que, en un mundo abocado a la guerra en numerosos frentes y formas, y fundamental como es, es sin embargo insuficiente pensar la paz. Debe ser posible pensar con la paz, mas allá de la paz, y por encima de la paz dos cosas: la libertad, y la vida misma. De otro modo, se podría estar haciendo, sin saberlo ni desearlo, una apología indirecta al institucionalismo y al neoinstitucionalismo. Se suministran los argumentos para la tesis enunciada y se extraen algunas conclusiones.

Palabras Clave: Vida, Complejidad, (Neo)-Institucionalismo, Libertad

Thinking about peace is not sufficient

Abstract:

This paper argues that in a highly convulsed world in which war pervades nearly each country, thinking about peace is compulsory, and yet, insufficient. Throughout peace, beyond peace, on the basis of peace, we must additionally think about a twofold problem, namely freedom, and life. Otherwise, even without meaning it, we would all fall, without truly being aware of that, into the traps of institutionalism, and neo-institutionalism. The reasons are provided that support the claim and, at the end, some conclusions are drawn.

Key words: Life, Complexity, (Neo)-Institutionalism, Freedom

1. Profesor Titular Facultad de Medicina. ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-9262-8879>. Correo: maldonadocarlos@unbosque.edu.co

DOI: 10.17533/udea.unipluri.17.1.07

Introducción

Colombia comienza a pensar, gracias al Acuerdo de la Habana, por primera vez en términos de paz². Después de una larga historia de guerras y de violencia que no se agotan en el siglo XX, sino, se pueden remontar hasta el siglo XIX, seguramente antes. Acaso desde la misma Conquista y Colonización de América. Europa había vivido, hasta antes de la guerra de los Balcanes el período más pacífico de toda su historia, redondeando, unos 40 años. Y ello sin mencionar los ataques de que ha sido objeto por parte de grupos yihadistas, que han introducido, literalmente, una mentalidad de guerra en la mentalidad de los tranquilos europeos. Por otra parte, en la guerra en Siria e Irak participan a la fecha, directa e indirectamente, 77 países. Sin ambages, se trata de una guerra mundial.

De hecho, el *Global Peace Index* presentó en su informe del 2017 (<http://visionofhumanity.org/indexes/global-peace-index/>) que solamente diez países en el mundo se encuentran en paz y no participan, ni directa ni indirectamente en ninguna guerra. Estos países son: Botswana, Chile, Costa Rica, la isla de Mauricio, Suiza, Panamá, Japón, Qatar, Uruguay y Vietnam. Los demás países -193 en el sistema de Naciones Unidas-, tienen o participan, directa o indirectamente de alguna guerra.

Es indiscutible, desde cualquier punto de vista, que estamos a favor de la paz. Introduzcamos un oxímoron: soy un aguerrido pacifista. Por tanto, un combatiente antimilitarista, antibelicista, un partidario de los acuerdos, los entendimientos, la paz. Y sin embargo, es insuficiente pensar la paz. Este es el propósito de este texto: no es baladí pensar la paz, pero es a todas luces insuficiente. Mi tesis es que además y por encima de pensar la paz, debemos poder pensar la libertad, o la vida, dos expresiones de un solo y mismo problema.

Por consiguiente, este texto se articula en tres partes, así: primero expondremos lo que ha significado pensar la paz. Seguidamente nos concentramos en pensar la libertad, y la tercera sección, en pensar la vida, y lo que ello significa. Al final extraemos algunas conclusiones.

1. Pensar la paz

Quiero plantear una analogía: de la misma manera como toda la historia de la medicina nunca pensó la salud, sino, solamente, la enfermedad, asimismo, pensar la paz es análogo a pensar la enfermedad, no la salud misma. Con el reconocimiento explícito de que “salud” es un caso particular, aunque muy importante, para pensar la vida misma. Tenemos con nosotros, ante nosotros, violentólogos, tanto como pazólogos. Ninguno de ellos sabe muy bien de qué se trata el problema, verdaderamente.

Existen numerosos centros estratégicos alrededor del mundo que justamente por ser estratégicos no tienen la más mínima idea de lo que sea la vida misma. El institucionalismo y el neoinstitucionalismo han permeado los discursos, las estructuras y las prácticas de gran parte del mundo. Institucionalismo y neoinstitucionalismo político, jurídico, económico, sociológico. Si fuera teólogo lo diría: el institucionalismo y el neoinstitucionalismo son encarnaciones mismas del Maligno.

Pensar la paz ha consistido, desde Hobbes hasta nuestros días en pensar asuntos tales como la ausencia de guerra, y ello sin olvidar jamás la lección de Clausewitz (2005), o incluso, mucho antes, al de Sun-Tzu (2006) (dos autores que se estudian consuetudinariamente allá donde se habla de estrategia, dirección y liderazgo): la paz es la continuación de la guerra por otros medios, y la paz es la preparación para la guerra siguiente. Pura enfermedad, patología galopante. Ausencia, de guerra, armisticio, entrega de armas, reinserción, y no en última instancia, justicia, perdón y olvido. Acaso, en el mejor de los casos, reparación. Lo que quiera que ello pueda significar.

Los militares y, perdón por el término: la “inteligencia militar” (sic), gustan hablar de la guerra como un arte, y más recientemente, en el espíritu de nuestra época llegan a hablar incluso de las ciencias militares. Un eufemismo para tratar de subir en el escalafón de la epistemología, y querer obtener reconocimiento social y académico. Y claro, así, seguir pensando el continuo guerra-paz. Los militares y belicistas, que jamás han sabido de la vida.

2. Este es el texto de la ponencia presentada en el VIII Encuentro de la Red Riges en Bogotá, Universidad Santo Tomás, en el mes de Septiembre. El estilo y el lenguaje han sido ligeramente modificados para adecuar la ponencia a un artículo científico.

La tradición fue, no sin buenas razones, desde Hobbes hasta Kant, y desde Hegel hasta Rawls, por ejemplo, víctima de la preocupación por la paz. Así, por ejemplo, Kant (2012), en el Tratado sobre la paz perpetua (1795) sienta un texto buen intencionado, pero política y socialmente desastroso: la paz perpetua es la paz de los cementerios, algo que, por lo demás, si mira con lupa, no es incoherente a los ojos de un pietista. (¿Cómo llamaríamos hoy, en el siglo XXI a un pietista). Un autor tan singular como M. Walzer lleva a cabo un trabajo único: mostrar con ejemplos históricos las justificaciones de las guerras como guerras justas e injustas (Walzer, 2001). La pretendida justicia de la guerra no elimina el valor moral de la acción. Guerras pretendidamente justas, en nombre de una religión, un dios, o un estado cualesquiera. Pseudo-argumentos para sangre, sufrimiento y muerte. Y nada puede justificar la muerte, el sufrimiento y la sangre, la soledad, el desarraigo, los desplazamientos forzados, los vejámenes y el aprendizaje de la desesperanza.

Quiero decirlo de manera franca y directa: pensar la paz es perfectamente insuficiente para aliviar las penas y sufrimientos, los estados y estatutos de los invisibles, los marginados, los sin-voz, las víctimas, los intocables, los excluidos, los sin-tierra, los enfermos, los pobres, todos los cuales constituyen la inmensa mayoría de los seres humanos. La paz es y ha sido tradicionalmente la preocupación del estado, de los poderosos, los pudientes o los protagonistas. Dicho de manera fuerte y puntual, la principal preocupación de los estados, los gobiernos, los regímenes y sistemas políticos es el de la legitimidad. Cabe aquí decirlo de manera sintética: la política no es otra cosa que la legitimidad de un régimen de propiedad (economía), pero la gramática de la política es el derecho.

Frente a eso que es la paz, con voz, propia, de un lado, sostenía Coetze: “Que el ciudadano vida o muera no es algo que preocupe al estado. Lo que le importa al estado y sus registros es saber si el ciudadano está vivo o muerto” (2009: 12). Para ello existen los registros estadísticos, los departamentos de planeación y de recursos humanos, en fin, los seguimientos de productividad a todos los niveles. A las instituciones sólo le importa que la gente esté ahí. Y lo que está ahí es el ser a la mano, como bien lo vio Heidegger. Existir es ser ahí, estar ahí, estar a la mano, disponible, saber donde está alguien, incluso sin que importe mucho qué está haciendo. Las políticas de paz son políticas de control.

De otra parte, S. Sassen (2014) retoma y amplía una idea originariamente formulada por el filósofo camerunés. A. Mbembe. Se trata del concepto de necropolítica (Mbembe, 2011). En este sentido, el capitalismo –por ejemplo las corporaciones, las empresas y el capital ya no matan a la gente; sencillamente la dejan morir. Y para eso, claro están los servicios de salud, las políticas sociales, las políticas públicas de salud, notablemente. En esto consiste el humanismo del capitalismo en su expresión más reciente, y esto se ajusta perfectamente a la idea de sostenibilidad y/o sustentabilidad: debemos poder dejarles el mundo a las generaciones siguientes por lo menos tan bien como lo recibimos. Palabras para decir simplemente que la gente sólo cuenta en la medida en que, unos, tienen valor, y otros no, y las cosas sencillamente deben funcionar.

Si para que las cosas funcionen es benéfica la paz, pues que sea bienvenida. Sólo que este argumento que a la vida misma y a la libertad no les importa que las cosas sencillamente funcionen. Tanto Hegel como Marx lo vieron con lucidez: que las cosas funcionen es extrañamiento (*Empfremdung*), alienación (*Entäusserung*). La vida misma debe poder reconocerse y realizarse en sus propias efectuaciones y productos. De lo contrario, el capitalismo enferma a la gente. Eso, y conduce a la necropolítica.

El concepto de paz corresponde a la lógica formal clásica la cual es eminentemente bivalente: o una cosa o la otra. Verdadero o falso, por ejemplo. La paz se erige siempre sobre el trasfondo de la guerra y la violencia, y aquellas terminan por proyectar su luz o su sombra sobre aquella. Exactamente a como acontece en el caso de la enfermedad. La mejor comprensión clásica de la salud fue –y sigue siendo: la salud consiste en la ausencia de la enfermedad. Cuando el pensamiento se empereza y se aburre provienen los monstruos y los fantasmas. La vida de los occidentales siempre ha estado plagada de fantasmas y monstruos, ocasionalmente también llamados como demonios (aunque no lo sean necesariamente). La paz siempre estará rondada por sus propios miedos y fantasmas: la guerra, la violencia, el despojo, las violaciones y el desasosiego de la existencia misma.

Así las cosas, con la paz, más allá de la paz, por encima de la paz, debemos poder pensar y hacer posible la libertad y la vida. La paz siempre se asimila aun espíritu adusto, y la estética de la paz es formal. En contraste, la libertad y la vida implican alegría, y

su estética es la del desenfado, la espontaneidad y la creatividad sin frenos.

Digámoslo sin más, la libertad y la vida implican la alegría de vivir. Esa que es más y muy distinta a la felicidad misma. Recordemos que entre los griegos antiguos, en contraste con la sociedad del consumo, de las canciones de tres minutos y las películas de una hora veinte, de programas con cortinas de risas, abucheos y aplausos, en fin, la sociedad de la banalidad y de la obsolescencia programada, a todos los niveles y escalas – entre los griegos, decimos alguien sólo podía saber y decir que era feliz al final del día; esto es, al final de su vida. No en los momentos episódicos, acaso desenfrenados, en los que se sabe que la felicidad es siempre sólo pasajera. Nuestro mundo no sabe de felicidad, la diseña, la planea, la fabrica, y así, aquella es falsa.

La alegría de vivir, ese estado –no momento- en el que las palabras se quedan cortas y es el cuerpo el que habla.

(No puedo evitar decirlo: la mente muchas veces nos engaña; el cuerpo jamás miente. La dificultad estriba en que Occidente jamás supo del cuerpo, lo condenó, o bien, como hoy en día, lo banalizó. Siddhartha Gautama decir que la mente es un mico loco borracho picado por una avispa. Precisamente por ello debemos poder controlar nuestra mente. La inmensa mayoría de la gente es víctima y objeto de su mente, y no lo saben. Y por ello mismo, jamás tuvieron cuerpo).

2. Pensar la libertad

Pensar la libertad es equivalente –aunque no exactamente lo mismo-, a pensar la autonomía, la independencia, la autarquía misma, el tener criterio propio, la capacidad de pensar por sí mismos y de actuar con criterio propio, en fin, pensar la existencia de máximos grados de acción, y hacerlos eventualmente posibles. Se trata, más que de la capacidad de llevar a cabo cálculos y razonamientos probabilísticos, por el contrario, de imaginar, soñar, jugar con la fantasía, en fin, intuir.

(¿Puedo decir, entre paréntesis, que la Grecia arcaica pensaba en el modo del *nous* y el *noein*, mientras que la Grecia clásica le impuso a la humanidad occidental el modo del *logos* y el *legein*? Y que el único filósofo, científico o autor que recuperó jamás el *noein* fue E. Husserl, el padre de la fenomenología?

El *logos*, al cabo, será el modo de vida y pensamiento del *demos*).

En la Grecia antigua la libertad era designada como *Eleuthería*, representada por Artemisa. Y esto poco y nada tiene que ver con el autós-nómos. En la Grecia antigua había incluso otro concepto propio, la autos-arché, de donde proviene la autarquía, algo que se pierde por completo en la Grecia antigua, y a fortiori, en el período helenístico. Si remontamos la *eleuthería* a los misterios de Eleusis, la idea se torna magníficamente sugestiva, pues entonces la *eleuthería* hace referencia al nacimiento y la gestación de vida, en fin, el renacimiento incesante de la vida, la alegría, la esperanza, las fiestas y la *hybris*.

(La Grecia clásica no sabe nada de *hybris*; a lo sumo, tan sólo de *pathos*. Pero son dos cosas completamente distintas).

Quizás la única vez que Occidente pensó con seriedad la libertad fue, dicho políticamente, en los *Federalist Papers* (Hamilton, Madison, Jay) de los padres fundadores de los Estados Unidos de América, todos ellos masones, o bien, en otro plano, con la revolución burguesa de 1789. Lo que sigue es simplemente las derivaciones de esos dos momentos filosófica y culturalmente ligados entre sí. Ni siquiera en ese momento de una auténtica inflexión cultural como fue el *Quattrocento*, fue la libertad el tema primero de preocupación.

En este marco, no huelga mencionar que cuando la burguesía era una clase en ascenso y con pretensiones de poder hablaba y defendía el derecho a la subversión, como un derecho natural. Así, desde Hobbes hasta Locke el derecho natural a la subversión aparece como un derecho exactamente al mismo nivel que la libertad de pensamiento o la libertad de opinión. Sin embargo, después de la Revolución Francesa, después de la Independencia de Estados Unidos, y tanto más después de la Revolución Industrial, jamás la burguesía volvió a mencionar el derecho a la subversión, y mucho menos como un derecho natural; hoy, digamos, como un derecho humano.

Paulatina, pero sistemáticamente la libertad se convirtió en un asunto de control social, pertenencia social, límites sociales. Rousseau lo pontificó en estos términos: la libertad y los derechos de cada quien llegan hasta donde comienzan los de los demás. Es la libertad como límite, y esa es una falsa libertad.

Debemos poder pensar la capacidad de independencia, de autonomía, de capacidades por sí mismos, por parte de los individuos viviendo en comunidad (*koinonía*). La libertad carece de fronteras pues coincide con la capacidad misma de la vida. (¿No es M. Nussbaum quien ha venido a invitarnos a pensar la vida misma en términos de capacidad (*capabilities*), por tanto siendo reconocida como una humanista eximia, única, en nuestros días? Sí, capacidades, y nunca competencias destrezas y habilidades. Las instituciones actuales nada saben de libertad, y sí mucho de control, planeación, planificación, diseño, estrategia, táctica y competitividad. Parece que estamos podridos).

Seres encadenados y limitados no pueden enseñar la libertad a otros. Es como decir, que quienes son han sabido de la alegría de vivir, no pueden entender la alegría misma de vivir, y creen entonces que sólo se aprende a golpes en la vida. La concepción sacrificial de la existencia y la desesperanza permean muchas, casi todas las esferas de la vida social. Así las cosas, el misterio es: cómo hay (aún) gentes³ que cree en la vida, en el futuro, que juega, apuesta, cree, confía? Gentes con ilusiones, que se atreven una y otra vez, que son capaces de sueños y de fantasía. Decía Hegel, no sin humor, que el joven se siente naturalmente inclinado a cambiar el mundo, pero cuando se da cuenta que no lo puede, se vuelve hipocondríaco. Los jóvenes osan, desafían, cuestionan, cambian, sueñan, y están llenos de ilusiones. Los viejos son todos aquellos que han perdido la capacidad de juego y han aprendido que al final las cosas siempre siguen igual y nada cambia.

Si cabe decirlo en términos de toda la discusión científica y filosófica del siglo XIX, los viejos son fijistas (fijismo) y gradualistas (reformismo). Los jóvenes son todos aquellos que son catastrofistas (catastrofismo), y quieren entonces cambios estructurales, radicales. Como se aprecia, la juventud o la vejez no son un asunto de años, sino una estructura mental, o una forma de vida. El joven siempre se quiere libre y se sabe libre. El viejo ha llegado a creer que la libertad es una cuestión de historia, ideas o ciencia-ficción. Evidentemente, el cambio que quiere el joven no es, en absoluto, cambios incrementales; por el contrario, se trata de innovaciones radicales. Los jóvenes hacen la historia. Los viejos la conservan.

La verdadera libertad no sabe de fronteras o de límites, hoy, cuando la geografía política está signada por el derecho administrativo, y cuando la política se circunscribe a la Carta Magna. (Los abogados lo saben: hubo una época en la que las garantías de la vida política no estaban en el derecho constitucional, sino en el derecho civil. No es este el espacio para desarrollar este argumento). El resto, es asunto de las fuerzas de seguridad y de policía del estado. Sí, del estado-nación.

En otro lugar he desarrollado la idea de que es perfectamente posible no una política indiferente del estado, pero sí independiente del estado. Una política semejante es una política de vida, y tiene como nutriente la libertad y la alegría de vivir, algo de lo cual no puede hacerse, en absoluto, un tema de políticas públicas.

La libertad, puede decirse, coincide con la voluntad de vivir y que en palabras de Nietzsche se caracteriza por una palabra: “¡más!”. Nunca es suficiente con la libertad, y cuando esta es afirmación de vida, amplía las fronteras del conocimiento, desafía los límites de la física (Schrödinger, 2007), en fin, concibe dimensiones adicionales, para decirlo en términos de tres ciencias o disciplinas diferentes (la ciencias, la física y las matemáticas).

La verdadera libertad no puede ser pensada como un acervo tan sólo del individuo. Nadie es verdaderamente libre si los otros, alrededor suyo no lo son igualmente. De la misma manera que la auténtica felicidad no es sin la felicidad también de los otros. De esta suerte, la libertad ha implicado desde siempre un compromiso. En la Grecia arcaica era un asunto agónico, como lo era, por lo demás la ética. Sólo posteriormente se va a degradar hasta convertirse en asunto de valores y principios, la pobre ética. La ética, esa que nunca puede enseñarse, sino, se aprende con el ejemplo, es como la libertad, que jamás puede ser introducida desde afuera. La auténtica libertad se conquista desde adentro. Pero nunca de forma solitaria. Siempre en el horizonte del mundo y de los otros.

Y sin embargo, de la libertad no puede hacerse una bandera, a pesar de Delacroix y su imagen de la libertad guiando al pueblo. Delacroix tiene el mérito

3. Prefiero la expresión castiza mexicana de “las gentes”, al genérico y más habitual en otros países, de “la gente”. El plural no es un rasgo menor en este contexto

en haber sido acaso el primero en pintar una idea, no simplemente una experiencia. Pero la verdadera libertad sólo se la piensa como desafío y reto, como juego y como problema.

Pensar la paz no es suficiente si al mismo tiempo, más radicalmente, no planteamos el reto de ser auténtica y radicalmente libres. Sólo que la libertad verdadera se alimenta, se nutre de criterio propio. Con todo y el riesgo de poder estar equivocados en la formación del criterio.

En fin, el hombre o la mujer libres no conocen el miedo. En algunas ocasiones tan sólo están imbuidos de prudencia.

3. Pensar la vida

Pensar la vida significa por lo menos dos cosas: de un lado, pensar la ausencia de necesidad, la contingencia, el azar, la incertidumbre y la indeterminación. Todo ello podemos traducirlo en un término: pensar lo inútil, o el ocio, la plena indeterminación. Y de otra parte, al mismo tiempo, equivale a pensar equilibrios dinámicos o desequilibrios, el filo del caos, las catástrofes (o, si se quiere, los intersticios, las comisuras, los pliegues, los rizomas), en fin, pensar la complejidad misma.

La existencia no es necesaria en la economía del universo, es siempre, tan sólo un fenómeno contingente y azaroso. En este sentido, decían los griegos –los últimos paganos- que la *moira* es el tejido que cada cual se merece a partir de lo que va construyendo. Las Parcas (Cloto, Láquesis y Átropos) tan sólo van tejiendo el destino que cada quien se va haciendo. Un destino del cual ni siquiera los dioses ni los héroes se escapan.

El problema de fondo aquí es el lugar que a la vida –por ejemplo, que cada quien tiene- en la economía del universo. Y ello implica poner abiertamente sobre la mesa, a plena luz del día, el más difícil de todos los problemas, a saber: reconocer el papel del azar y saber cómo el azar puede cumplir una función positiva. Pues lo cierto es que la inmensa mayoría de personas prefieren tener una mala explicación a ninguna explicación. Pues el tema de fondo consiste en reconocer que muchas veces las cosas suceden sin ninguna razón, o sin una razón mejor que otra. Pensar la vida no es otra cosa que pensar la contingencia, y su papel frente a la necesidad.

Ya decía J.-P. Sartre que el más grande invento del ser humano es sí mismo: los seres humanos se inventan constantemente a sí mismos, incluso en las formas más inverosímiles e inauditas. Pero sólo se inventan a sí mismas cuando están imbuidos de vida. Pues bien, existe una palabra en español que no encuentra absolutamente ningún parangón en ningún otro idioma (indoeuropeo). Se trata de la palabra “ganas” en la expresión: “tener ganas, tengo ganas”. El carácter gutural que en realidad procede del estómago de los intestinos o de alguna otra víscera, esa voz gutural que se detiene un instante en el comienzo de la palabra, es bastante más y algo muy diferente, por ejemplo al “*désirer*” francés o al “*vouloir*”, al “*wünschen*” alemán o mucho más al “*möchten*”, al “*want*” inglés, o al “*need*”, los cuales no involucran para nada lo más profundo del cuerpo.

Pensar la vida es tener ganas de la vida, ganas del tiempo y ganas de la existencia y todo lo que se anuncia más allá de ella.

Sin embargo, al mismo tiempo, pensar la vida equivale exactamente a pensar en términos no-algorítmicos.

En verdad, la necesidad siempre ha hablado en términos de algoritmos. Precisamente por ello se ha presentado siempre con los trajes diversos que puede: leyes, normas, mandamientos, preceptos, recetas, manuales de función, procedimientos, protocolos y otras formas de normatividad, siempre vigente. Los algoritmos, que son formas, pasos o métodos para resolver problemas, han definido desde siempre la historia de Occidente. Occidente, de todas las civilizaciones, aquella que ha vivido mas poco tiempo, y que ha entrado en un callejón sin salida del cual no sabe cómo salir, sin transformarse radicalmente a sí misma. Occidente, la síntesis de Atenas, Jerusalén y Roma.

Pensar la vida implica reconocer que la vida consiste en el permanente irrespeto a las leyes de la física, notablemente, de la física clásica, la cual sólo sabe de mecanismos, sistemas y estructuras fuerzas, poder, acción-reacción, caída libre y aceleración, por ejemplo. La física que existe y se expresa como mecánica clásica. A su manera E. Shrodinger lo vio con una palabra fea, con la que él mismo estuvo en desacuerdo, cuando afirmó que la vida es neguentropía. (Digamos entre paréntesis, que cuando una palabra no es bella, con toda seguridad no dice nada verdadero). Posteriormente, de forma más afortunada, I. Prigogine re-

conoció que los sistemas vivos son estructuras disipativas; o lo que es equivalente, siempre existe lejos del equilibrio, lo cual quiere decir, literalmente, retando o desafiando al equilibrio, ese concepto medular de toda la cultura y civilización occidental anteriores.

La vida es el mejor ejemplo de todos los sistemas complejos. Así, pensar la vida es exactamente pensar la complejidad misma del mundo, la naturaleza y el universo. Ahora bien, ¿qué son los sistemas complejos? Son ante todo, y esencialmente, sistemas impredecibles. Dicho en otras palabras, sistemas que cuando se los controla se los mata, literalmente. Pensar la vida no es simple y sencillamente otra cosa que pensar el tiempo, pues es el tiempo el que hace a la cosas complejas; esto es, el reconocimiento explícito de que el pasado es cualitativamente diferente del futuro (Prigogine, Nicholis, 1998). Nadie se baña dos veces en el mismo río, sostenía el Oscuro de Éfeso.

Pensar la vida es pensarla incluso en medio del conflicto, en medio de la injusticia y el vejamen. Y no ceder ni un milímetro. La vida, mucho más que resistencia, consiste en la certeza de que jamás seremos vencidos. Y acaso por ello la paz sea posible y verosímil.

En griego existían dos palabras para designar la vida, la *zoe*, y el *bios*. La *zoe* era el término empleado para designar un tipo de vida como ente o sustancia, esa vida que vive en, a pesar, y a través de los vivientes. Chronos devorándose a sus hijos hasta que Gaia se revela, es un buen ejemplo de esa vida que vive, ella, pero no viven los vivientes. Sin ambages, la perdurabilidad de las instituciones es exactamente la *zoe*. Las instituciones permanecen, los individuos pasan. Y entonces se ufanan las instituciones de su antigüedad y robustez.

De otra parte, el *bios* es aquella forma de vida que toma el destino en sus propias manos. No en vano el texto en el que aparece de manera originaria y destacada el *bios* es en el *De Anima* de Aristóteles. En otras palabras, el *bios* es esa clase de vida por medio de la cual la vida misma (en general) adquiere sentido - pues de suyo, vivir por vivir carece de sentido. La vida se desborda a sí misma.

No es suficiente pensar la paz, si a través suyo no vislumbramos también y ante todo a la vida misma. La vida tal-y-como-la-conocemos, tanto como la vida-tal-y-como -podría-ser-possible.

Una forma de existencia radical sabe que la vida es posible y tiene sentido incluso aunque la paz no exista, o mientras llegan las condiciones para hacerla posible (Maldonado, García-Mezza, 2016). Es tanto como decir, que la vida se sabe y se quiere a sí misma incluso en medio de la enfermedad y las dolencias, y no desfallece. Vivir es un asunto sobre el cual no existen recetas, pero que cada quien logra comprender tan sólo desde adentro, a veces, y siempre tan sólo al final del día.

Y es al final del día cuando sabemos si una vida ha valido la pena de ser vivida. Con todo y su vulnerabilidad permanente.

Conclusiones abiertas

El nazismo y el fascismo fueron derrotados militarmente. Pero al cabo, triunfaron política y socialmente. Lo que hoy vemos como normalidad política, institucional y neoinstitucional no es otra cosa, simple y llanamente, que fascismo y nazismo actualizados en el lenguaje y modos del siglo XX y XXI (Goldberg, 2009). ¡Y la gente no lo sabe! Mientras que los académicos se devanan los sesos hablando de neoliberalismo, neo-republicanismo, la crisis de las ideologías, la inutilidad de hablar de izquierda y o de derecha, ¿“La posibilidad” o “las posibilidades”? de la tercera vía, y otras cosas semejantes y aludadas, la verdad cultural es que vivimos el triunfo del fascismo y del nazismo. Y justamente por eso no sabemos -aún- de vida, o de libertad. Sino de adscripción y afiliación a organizaciones, empresas, estados, gobiernos, partidos e iglesias, por ejemplo. Quisiera decirlo de manera clara y directa, por ejemplo, a raíz de Colombia: Colombia no es un país de derechas y extremas derechas políticamente; mucho peor, es un país culturalmente de derecha y extrema-derecha. Aun no empezamos a pensar la vida, y menos aún la libertad. Y mucho menos, a hacerla posible. Esta es exactamente una tesis de complejidad: pensar la vida y la libertad consiste en indeterminarlas. Digámoslo por vía indirecta: mientras que a la enfermedad, manifiestamente, hay que determinarla, la salud es esencialmente un tema de indeterminación, y grados máximos de libertad.

La paz admite y requiere de planeación, control, aseguramiento, seguimiento, y los mecanismos y estructuras que les son concomitantes. (Atención al lenguaje). En contraste, pensar la libertad y la vida equivale exactamente a dejarlas volar, sin seguimiento ni control de ningún tipo. La educación, la ética, la

religión y la política por decir lo menos, no han empezado a pensar la vida y la libertad. Tienen un retraso de por lo menos sesenta años. Pensar la vida es pensar una vida libre, y porque es libre tiene sentido. La búsqueda del sentido al costo de la libertad es propio de la vida de los esclavos. Y como sostiene la filosofía desde Demóstenes, mientras que el esclavo teme solo el dolor, lo que más teme el hombre libre es la vergüenza. La vergüenza: fallarles a las personas que nos son más queridas, y ser objeto de miradas ajenas de debilidad y flaqueza.

Si hay algo que el Sistema –en el sentido al mismo tiempo más amplio pero fuerte de la palabra (en los años 1960s se decía: “el establecimiento (*the establishment*)-, esto es, las empresas, las iglesias, los partidos, los ejércitos, la familia misma, no perdonan y sancionan fuertemente es la libertad, la independencia, la autonomía, el tener un criterio propio. Por el contrario, lo que hoy se estimula –y existe toda una ingeniería social muy fuerte y bien aceiteada-, es el sentido de pertenencia, “ponerse la camiseta”, “pedalear juntos”, a través de artificios como: visión, misión, himno bandera, objetivos estratégicos, táctica, seminarios de actualización y reingeniería, convivencias, y toda una clase de prácticas y ejercicios de adoctrinamiento. De los tres ideales de la Revolución Francesa de 1789 la libertad es la que menos existe hoy en día, y la que es más fuertemente sancionada.

En numerosos lugares se ha vuelto psicótica a la gente, literalmente. Entonces encontramos gente que dice: “Voy a hablar a título personal, no a título institucional”. Esto no es a la luz de una sana psicología y psiquiatría, otra cosa que bipolaridad institucionalizada. Gente que se escinde, por lo menos en dos, y que no sabe de su insanidad mental y emocional. Como si hablar a nombre de la institución tuviera un valor distinto al personal. Son incluso numerosas las revistas, por ejemplo, en las que se lee: “la opinión de los autores no compromete a la revista”. ¿No eran Deleuze y Guattari (1985) quienes decían que el capitalismo y la esquizofrenia son una sola y misma cosa? (“Ah, pero claro: son franceses”).

Manifiestamente, la paz es conveniente y provechosa. Pero sólo de la vida puede decirse que es buena. La vida es buena, y es, de lejos, el mejor regalo que jamás puede tener cualquier ser en el universo. Hasta los animales, y más recientemente hemos llegado a saberlo, también las plantas, se afligen cuando la vida se escapa o se aleja. La vida siempre

quiere sólo más vida, y por ello mismo, es tiempo y se quiere como tiempo (Maldonado, 2018). Tiempo real, tiempo sociable e imaginable. El mejor regalo que puedo querer es tener más tiempo para estar contigo, le dice un amante a la amada. Tiempo: ese es el mejor regalo que puede haber ante la alegría de la existencia, la cual, paradójicamente, es alegría sin tiempo.

Mientras que la paz supone estrategias de diversa índole, la paz exige y demanda sabiduría. Y el verdadero sabio es alegre, jamás enseña, siempre permite a los demás aprender, y no hace de sí mismo una figura pública. El sabio jamás se anuncia, pero puede ser reconocido por sus palabras y sus obras.

La vida, el mejor regalo para alguien verdaderamente bueno. Incluso aunque la paz no sea posible, o mientras la paz llega. Acaso, también, luego que la paz ha sido firmada y se implementa. Pero ese es otro tema que aquí no nos interesa por mundano. Lo mundano es todo aquello de lo que todos hablan y sobre lo cual cada quien se siente con derechos de expresar opiniones a diestra y siniestra.

Sobre la vida, las opiniones sobran, y el recato antecede a la prudencia y a la sabiduría verdaderas. Y entonces no juzgamos las vidas de los otros, pues la vida misma es el mejor juez que puede haber en la tierra. No, la vida no es justa, pero siempre es buena. Y como estaba escrito a la entrada del Oráculo de Delfos: “Sólo lo bello es justo”. La máxima belleza es la vida en su exuberancia y diversidad en constante evolución y sin saber de telos.

Referencias

- Clausewitz, K., (2005). *De la guerra*. Madrid: La esfera de los libros
- Coetze, J. M., (2009). *Diario de un mal año*. Bogotá: Random House Mondadori
- Deleuze, G., Guattari, F., (1985). *El antiedipo: capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Paidós
- Goldberg, J., (2009). *Liberal Fascism. The secret history of the american left, from Mussolini to the politics of change*. Crown Forum
- Kant, I., (2012). *Sobre la paz perpetua*. Madrid: Akal

Maldonado, C. E., Mezza-Garcia, N., (2016). "Anarchy and Complexity", en: *Emergence: Complexity and Organization*, (Marzo), pp. E: CO 2016 18(1): 52-73

Maldonado, C. E., (2018). *Tiempo + Vida = Biopolítica. Política y complejidad*. Bogotá: Ediciones Desde Abajo (en prensa)

Mbembe, A., (2011). *Necropolítica*. Barcelona: Melusina

Prigogine, I., Nicholis, G., (1998). *Estructura de lo complejo*. Madrid: Alianza

Sassen, S., (2014). *Expulsions. Brutality and Complexity in the global economy*. Harvard MA: Belknap Press

Schrödinger, E., (2007). *¿Qué es la vida?* Barcelona: Tusquets

Tzu, S., (2006). *El arte de la guerra*. Madrid: Taschen Benedikt

Walzer, M., (2001). *Guerras justas e injustas: un razonamiento moral con ejemplos históricos*. Barcelona: Paidós



FACULTAD DE EDUCACIÓN

Recibido: junio 2 de 2017 • Aprobado: agosto 11 de 2017